



INADAPTACIONES

S

E dice, no sin fundamento, que la inadaptación es un fenómeno social característico de nuestra época. Porque existe un gran número de individuos cuya adaptación social no se desarrolla de una manera normal y progresiva a través de los distintos ambientes en que se desenvuelve su vida. Esta dificultad de adaptación, de integración en la sociedad puede tener su origen en diversas causas.

En la mayoría de las circunstancias, el niño busca, instintivamente, el adaptarse al medio en que le ha tocado vivir; adopta un comportamiento que le hace posible y, generalmente, agradable su relación con los demás. Cada uno realiza esta adaptación de acuerdo con su carácter, con su temperamento. Por eso no debemos interpretar como un síntoma de inadaptación el hecho de que sea más o menos disciplinado, más o menos apasionado por el juego.

Pero ya en la edad escolar podemos observar al niño «solitario», el que encuentra dificultades para integrarse en el grupo constituido por sus compañeros de juego. Podríamos proponer una «ley» de vida social infantil: la de que aquel que el grupo rechaza parece ser el que tiene ya una mentalidad de «vencido». El niño tímido, quejumbroso es una célula que no proporciona ningún apoyo al conjunto.

Las formas de inadaptación son múltiples. En general, puede decirse que están determinadas por un conjunto de deficiencias físicas, mentales o de tipo afectivo, que no permiten al individuo situarse en los límites de una evolución normal desde el punto de vista de sus relaciones con la sociedad.

Es muy difícil distinguir entre un estado de inadaptación y las posibilidades normales de adaptación. Lo «normal» no existe como algo absoluto, y la realidad de los individuos adaptados, es decir, de los que tienen posibilidades normales de adaptación, se sitúa en una línea ideal de equilibrio. Pero esta zona de buena adaptación tiene unos límites a veces imprecisos.

Por otra parte, si las grandes inadaptaciones son fácilmente perceptibles, las que obedecen a ligeras irregularidades, a unos factores particulares, son habitualmente desconocidas por la familia y los

educadores. Por eso es importante analizar sobre estas inadaptaciones menores.

Los factores físicos, hereditarios o congénitos, son el origen de grandes inadaptaciones: malformaciones, ceguera, sordomudez, etc. Pero existen otras deficiencias sensoriales menores que suelen afectar a la audición o a la vista y que originan también frecuentes estados de inadaptación: dificultades de lengua, del aparato locomotor, zurdura, etc. Este déficit físico puede crear una situación de inadaptado en el momento en que el niño ingresa en el colegio. Y es un mal comienzo en la vida el no poder adaptarse al ritmo del grupo escolar, pues ello condicionará, más tarde, una adaptación deficiente al ambiente social y profesional.

Otra forma de inadaptación, también muy frecuente, es la que obedece a retrasos de tipo intelectual, pudiendo distinguir muchos matices. Porque el niño puede no ser normal ni débil mental y, sin embargo, poseer una inteligencia mediocre. Esto puede ser mal interpretado por los educadores, lo cual les conducirá a ignorar una forma muy importante de adaptación.

A partir de este límite inferior de inteligencia normal, se escalonan diferentes grados de inteligencia: hay niños mejor o peor dotados y, por consiguiente, más o menos aptos para triunfar en tareas diversas, en particular en el dominio escolar.

Peró, desde el punto de vista social, existe una inadaptación característica de la época de la pubertad y de la adolescencia (casi siempre de origen afectivo) que se manifiesta a través de un comportamiento anómalo: todos conocemos ese tipo de chico ansioso, difícil, mal adaptado para aceptar las leyes de la existencia y de la sociedad y, algunas veces, ya prematuramente rebelde contra ellas.

En general, podríamos decir que lo que hace difícil la adaptación del adolescente al ambiente social es el hecho de que esta viviendo una fase de transición. Porque la adolescencia es un período de evolución, un período de crisis: es el paso del ambiente familiar a otro, mucho más amplio, de tipo social. El adolescente empieza a plantearse el problema de su preparación a la vida del adulto; y esto implica imprecisión, dudas, incertidumbre... La adolescencia, por tanto, un período difícil de superar.

Si queremos favorecer la madurez afectiva del joven, facilitar su integración en la sociedad, debemos ofrecerle los medios para salir del excesivo repliegue sobre sí mismo; es necesario hacerle ver que su aislamiento corresponde a una fase de su evolución. Y para animarle a evolucionar hay que tener en cuenta sus gustos, sus aficiones y facilitarle su contacto con el exterior a través de unas actividades de relaciones sociales amistosas. Es, pues, proyectando hacia el exterior el interés y el dinamismo de un joven cómo se llega a hacerlo salir de esta fase de egocentrismo que caracteriza el comienzo de la adolescencia.

Con ello contribuiremos a que haga el «descubrimiento» progresivo de su libertad y de su responsabilidad personal, y, por tanto, al desarrollo de su sentido social.

Es necesario, además, que inculquemos en el joven la idea de tener que admitir y respetar los puntos de vista de los adultos, que no siempre coinciden con los suyos. Porque sólo a través de la comprensión mutua será posible que el vasto mundo de los inadaptados se vaya integrando, poco a poco, en la sociedad. Y somos nosotros, los educadores, los que tenemos que dar ejemplo de esta comprensión.